

una bibliografía especializada—, es claro que tuvo a la vista la frondosa documentación pertinente, que arranca de Aristóteles, los retóricos medievales y neoclásicos, hasta los renovadores alemanes, ingleses y españoles del presente siglo.

El libro es más que un esquema; en su conjunto, es un novedoso tratado de cuya frecuentación, escritores, maestros y estudiantes podrán obtener provecho. Así, por ejemplo, en los capítulos consagrados al análisis de los géneros, hay un caudal de agudas observaciones, las que, como todas las que en el texto se advierten, deben haberle sido sugeridas al autor en el transcurso de su larga experiencia profesional y en sus constantes labores de apreciación literaria.

César Bunster.

ARTURO TORRES RIOSECO: GABRIELA MISTRAL (*Una profunda amistad; un dulce recuerdo*). Valencia, Editorial Catalia, 1962. 75 p.

En el transcurso de 1962 aparecieron dos trabajos sobre Gabriela Mistral, firmados por autores chilenos. Alone la estudia entre *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo xx*, y Arturo Torres Rioseco, que reside desde hace varios años en los Estados Unidos, en un libro editado en Valencia.

La imagen de la escritora que surge de cada uno de estos ensayos es, naturalmente, bien distinta. A la elegancia de la prosa de Alone, a su notable facultad evocadora y comunicadora, a la discreta

actitud con que se ubica frente al objeto de su estudio para presentarlo en significativos trazos de humanidad, se opone, por decirlo así, la expresión sin relieve de Torres Rioseco, cuya figura aparece en un primer plano que suele interferir la visión de la poetisa con más frecuencia de lo que fuera necesario. Riesgo éste siempre implícito en obras de naturaleza tan subjetiva.

Son dos modos diversos de enfocarlo a un personaje para transmitir su integridad, destacar sus valores, testimoniar, en fin, un sentimiento de admiración.

En las 22 páginas iniciales de su libro, Torres Rioseco expone un *Juicio crítico*, en el que se reseña el proceso poético de Gabriela Mistral, no sin escatimarle —a veces con razones un tanto peregrinas—, los méritos literarios considerados, por lo general, casi indiscutibles. Dice Torres Rioseco:

“Su poesía se acercaba más a la retorcida frondosidad de Góngora que a la líquida fluidez de San Juan de la Cruz. Anduvo cerca de estas luminosas alturas, pero no llegó nunca a la cumbre, y la culpa acaso no fue suya. Venía de tierras muy bajas, a veces bajo el nivel del mar; traía un idioma pobre y tosco, que ella tuvo que enriquecer y pulir; sus maestros, Vargas Vila, Amado Nervo, Rabindranath Tagore, Guerra Junqueiro, la educaron con engañosos espejismos. El influjo de su aldea natal le restó horizontes a su gran vuelo; su cultura primaria le prohibió acercarse a las grandes fuentes de la belleza intelectual. En cambio, su fuerte personalidad, su pasión, su sentimiento trágico de la

vida, su soledad, constituyen los rasgos más originales de su creación poética. Quedará, pues, su poesía como la expresión de un gran documento humano; yo que la traté muy de cerca, que a veces fui influido por su poesía, no podré jamás definir su obra con exactitud. Entre mi sentido crítico y los atavíos de mi técnica está, tabla de salvación, mi gran cariño por la mujer que se bautizó a sí misma con el nombre de Gabriela Mistral" (p. 24-25).

¿Sin esa "tabla de salvación", que otros críticos acaso no tengan a su alcance, la obra de Gabriela Mistral merecería una revisión más enérgica, que podría disminuirla?

Los 12 capítulos que siguen historiar la amistad de Gabriela Mistral y Torres Rioseco, y en ellos se desarrollan recuerdos de encuentros, de conversaciones sostenidas en México, Brasil y Estados Unidos, al par que se transcriben fragmentos de cartas, notas críticas y dedicatorias.

Desde un punto de vista, el libro que reseñamos muestra algunos aspectos de interés, que iluminan zonas novedosas de la vida de Gabriela Mistral. Desde otro ángulo, servirá también para trazar la biografía del poeta e historiador de la literatura que es Arturo Torres Rioseco.

*Pedro Lastra.*

EFRAÍN BARQUERO: MAULA. Poesías.

Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1962. 74 p.

En la actual promoción de poetas chilenos, la obra de Efraín Barquero delata una lúcida conciencia de responsabilidad en el ejercicio poético.

Desde 1954, con *La piedra del pueblo*, su actitud se ha orientado hacia la búsqueda de una expresión genuina de la realidad social, cuya visión ha ensanchado considerablemente a través de los contenidos de sucesivas publicaciones. *La compañera* (1956), *Enjambre* (1959), *El pan del hombre* (1960), *El regreso* (1961) y *Maula*, su último libro, muestran el proceso de profundización en los temas de esencial realismo que constituyen su base creadora, y la seguridad con que ha alcanzado un modo expresivo, que se caracteriza por la funcionalidad del lenguaje, siempre claro, sobrio y directo. A propósito de sus temas, conviene recordar que, en repetidas ocasiones, Barquero ha formulado su posición frente a la poesía, señalando su interés por la obra lírica que surge del contacto vivo del escritor con las cosas cotidianas.

En el conjunto de la poesía de Barquero, *Maula* representa una indagación aún más entrañada del alma popular chilena. Emplea aquí un verso ágil y gracioso, que sirve a veces de sustento al humor contenido o a la efusión de ternura con que anima a los personajes de sus poemas, todos ellos tomados de la veta criolla que se vierte en la cerámica de Talagante, en las figuras de los recortes de papel de volantín o en las clásicas tortas de novios. En otro sector del libro, estiliza, en trazos breves y chispeantes, variados aspectos del material de canciones y cuentos folklóricos.

No hay duda de que el autor ha asimilado para este trabajo los elementos que le brindaba la tradi-